

Otro Nobel para el teatro

Fermin Cabal

Después de los recientes premios a Fo y a Jelinek, otra vez el *Nobel* recae en un dramaturgo, en esta ocasión el británico Harold Pinter, un nombre indiscutible en la escena contemporánea, y quizá el autor que ha ejercido mayor influencia, entre los de su generación, en las nuevas promociones autorales.

El hecho llamará sin duda la atención en España, acostumbrados como estamos a considerar que el teatro es un género agonizante, y que apenas despierta el interés de los más jóvenes. Algo evidentemente falso, porque hace muchas décadas que el teatro español no conocía tantas y tan buenas vocaciones como en el momento presente. Pero es verdad que esa floración insospechada, y que a muchos listillos ha pillado de sorpresa, no se corresponde con la escasa presencia que nuestros autores tienen en la cartelera de las principales ciudades españolas.

El desprecio por el autor vivo se extiende también a los autores foráneos, como es el caso de Pinter, cuya obra apenas podía encontrarse hace unos meses en los anaqueles de nuestras librerías más cualificadas, para vergüenza de nuestros editores y libreros. Apenas algunas ediciones sudamericanas y el reciente esfuerzo de Hiru, muy poco para facilitar a nuestros lectores el acceso a una obra ejemplar e imprescindible en el panorama de la literatura contemporánea. Y lejos de la acogida que la obra de Pinter tuvo en nuestro país en los años del franquismo, cuando gracias al esfuerzo de la Editorial Cuadernos para el Diálogo, y muy concretamente del autor dramático y traductor Álvaro del Amo, podíamos disponer de un amplio repertorio de la obra pinteriana.

Esperemos que con la entrega de este famoso premio la figura de Pinter sea más conocida, y nuestros jóvenes escritores puedan acceder a algunas de las obras fundamentales de la escritura dramática del siglo XX.

Nuestra enhorabuena, por tanto, a Harold Pinter, pero también nuestro agradecimiento a todas aquellas personas que hicieron posible el surgimiento, en un momento de decadencia teatral, de un fenómeno como el movimiento de «los jóvenes airados». Me refiero a los críticos, como Kenneth Tynan, que clamaban por la necesidad de una nueva dramaturgia nacional, de los responsables políticos que apoyaron con decisión los montajes de los nuevos dramaturgos, de los directores de compañías y de teatros, como Sillitoe o Devine, que impulsaron la programación de sus textos, de los actores más importantes como Lawrence Olivier, que encargaron textos y los montaron, y sobre todo al público que se volcó con los recién llegados. Harold Pinter, que en sus primeros años pudo estrenar en el Royal Court, en la Royal Shakespeare, en el National, etc., y que recibió encargos de la BBC, es un buen ejemplo de cómo el apoyo institucional revierte al cabo de los años, como una excelente inversión, en el haber de todo un pueblo. Bravo. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

